

Borges en casa

Posted on 1 de marzo de 2007 by Martín Schifino

El sábado 16 de abril de 1977, mientras preparaban el prólogo a una edición de Thomas de Quincey, Borges y Bioy Casares redactaron las siguientes frases sobre el escritor inglés: «Fue amigo personal de Wordsworth, de Coleridge, de Charles Lamb y de Southey [...]. Al describirlos, no vacilé en registrar sus pequeñas vanidades, sus flaquezas y aun el rasgo íntimo que puede parecer indiscreto o irrespetuoso, pero que nos permite conocerlos con vivez. Las reminiscencias de De Quincey son parte integral de la imagen que tenemos de ellos ahora». Bioy llevaba entonces casi treinta años escribiendo un diario en el que registraba sus encuentros habituales con Borges y, desde luego, no se le escaparon las similitudes entre su situación y la de De Quincey. Lo anterior, anota sugerentemente, «debería preceder, si me resignara alguna vez a presentarme como monstruo de inmodestia, mis *reminiscencias* de Borges».

Es difícil imaginar un autor tan modesto como Bioy, o de modales tan impecables con el lector, pero aquella duda se convirtió en la década del noventa en un proyecto concreto: publicar los diarios íntimos que había escrito durante cincuenta años y de los que sólo se conocían fragmentos. Una primera antología, *Descanso del caminante*, apareció en 2003. Y del mismo material se desprende este enorme y magnífico *Borges*, preparado en 1997-1998 con ayuda de su albacea, en el que se reúnen todas las referencias a su gran amigo. Desde 1947 hasta 1986, son casi cuatro décadas de anécdotas, opiniones y hasta confidencias, intercambiadas mayormente cuando Borges cenaba en casa de Bioy y su esposa Silvina Ocampo. La conversación era variadísima, pero el tono inconfundible. Alberto Manguel ha escrito que «escuchar a los tres amigos era como escuchar una orquesta de cámara improvisando un concierto. Una voz sugería un tema, las otras lo seguían, hacían variaciones, después lo abandonaban para encarar simultáneamente otros, todo salpicado de citas, anécdotas, retazos de información esotérica y chistes» «The Art of Conversation», The Times Literary Supplement, 12 de julio de 2005.. Si la conversación es un arte efímero por excelencia, una de las magias puntuales de Bioy fue la de preservarlo.

La literatura aunó a Borges y Bioy y, naturalmente, la literatura es el tema recurrente, el estribillo, de sus charlas. A estas alturas son muy conocidas las preferencias de los amigos, más las de Borges (literatura inglesa, cuento policial, Dante, etc.). Pero el ámbito privado no coincide exactamente con el de la opinión en público. La gran retórica a que nos tiene acostumbrados Borges es lo primero que desaparece. Los dos amigos comentan libros de igual a igual, no sólo entre sí, sino con respecto a los autores. Ante la reverencia institucional

por los clásicos, Borges dice que éstos «son chambones, como todo el mundo» (16 de mayo de 1958). Nadie es inmune a priori: el mismo examen implacable se aplica a académicos, antiguos, modernos o contemporáneos. Cuando un texto funciona, Borges emite un entusiasta «está bien», lo que parece haber sido un gran elogio en su vocabulario. (Teniendo en cuenta todo lo que le parecía mal, lo que estaba bien estaba de veras muy bien.) Cuando no, puede redondear un juicio con un expresivo: «¡Qué animal!». No en vano escribió Borges el ensayo «El arte de injuriar»: es un experto en maledicencia. Y Bioy no se queda atrás.

Hay un excelente ensayo de Juan José Saer, «Borges francófono», en el que se revela el encono de Borges por la literatura francesa durante los años treinta. Estos diarios prueban que, con el tiempo, la animadversión, si acaso, empeoró. Baudelaire es un buen ejemplo. Borges contó en su autobiografía que de joven aprendió de memoria *Les Fleurs du Mal*; pero ese desliz se transformó en su madurez en recelo. Llega a preferir, característicamente, a Dante Gabriel Rossetti, porque siente «mejor la literatura inglesa» (4 de noviembre de 1957). Stéphane Mallarmé fue un anglófilo tan dedicado como Borges, pero eso no le impide a este último decir que «la prosa de Mallarmé es una inmundicia» (11 de octubre de 1959). La desconfianza hacia lo francés es una constante que muchas veces llega a la necedad; sobre un gran estilista de la lengua, Gustave Flaubert, Borges dice: «nunca pude leer *L' éducation sentimentale* ni *Madame Bovary*»; y *Salammbô* «está mal escrita» (20 de julio de 1971). Rabelais suscita únicamente invectivas. Por lo demás, salvo Verlaine, ningún «gran escritor francés» parece convencerlo. Sus gustos acogen más bien a poetas menores, como Laforgue y Toulet, o a un novelista entretenido, pero lateral, como el autor de *Adolphe*: «Bioy: «Benjamin Constant. Lo estuve releendo en Pardo. Creo que es el mejor escritor francés». Borges: «Yo creo que sí»» (16 de octubre de 1971).

La literatura española queda, si es posible, peor parada. Recordando que Groussac había caracterizado la frase «la ciencia española» de oxímoron, Borges no puede contenerse y propone, como ejemplo de esa figura retórica, «la literatura española» (2 de diciembre de 1966). En una entrevista que Bioy cita con cierto pasmo, llega a decir que «el gran aporte de España a la cultura de Occidente es el galicismo» (7 de mayo de 1967). De los clásicos, pondera a Cervantes, aunque con reservas; el primer capítulo del *Quijote* está admirablemente bien escrito, pero ni *Galatea* ni las *Novelas ejemplares* ni *Los trabajos de Persiles y Segismunda* –«una orgía de disparates» (29 de abril de 1963)– le parecen aceptables. Gracián «no tenía oído para los versos» (1 de septiembre de 1957), «ni un solo momento de dignidad, ni de elevación» (15 de noviembre de 1957). De hecho, «en él llega al apogeo ese estilo, vacío y retórico, que tiene las formas del pensamiento y no contiene un solo pensamiento. Ese estilo hizo estragos en la literatura española» (1 de julio de 1962), dice Borges. Y es ese estilo lo que le molesta en Quevedo, «una suerte de malevo, un

espadachín», cuya «retórica no es buena, porque no nos convence de su sinceridad» (11 de abril de 1960). El juicio es interesante porque, en una polémica de juventud en contra de Dámaso Alonso, Borges había entronizado a Quevedo por encima de Góngora. En cuanto a Góngora, alcanza una calma ambivalencia; pero con Lope vuelve a la carga, descartando todo el teatro en favor de los sonetos.

Cuando llegamos a los modernos, casi nadie sale ileso. El 22 de noviembre de 1959, Borges espeta acerca de Lorca: «*Poeta en Nueva York es Tilingo en Nueva York*»; cuatro años después amplía: «El mejor Lorca es el que escribe poemas andaluces y gitanos. Cuando creyó que podía escribir de todo, cuando escribió los versos libres de *Poeta en Nueva York*, escribió poemas horribles» (5 de junio de 1963). Nótese, más allá del ataque, la condescendencia implícita en el elogio: más le hubiera valido al granadino quedarse en su provincia. Al menos no lo azota como a Neruda, «un discípulo de Lorca, mucho peor que Lorca» (ídem). Este último hace de vara tanto para medir como para golpear. Al leer a Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Gerardo Diego –autores «arbitrarios»– Borges piensa que, comparativamente, «Lorca no era tan malo» (11 de octubre de 1959). La otra *bête noire* de Borges es Ortega y Gasset, «un bruto», que «sigue engrupiendo a medio mundo. La cursilería no lo perjudica» (11 de mayo de 1977). Los lectores españoles no deben sentirse heridos en su orgullo literario. Sin distinciones de nacionalidad, Borges vapuleaba por igual a los escritores argentinos. A Ernesto Sábato y Manuel Mujica Láinez, pese a que no se parecen en nada entre sí, los mata de un solo tiro experto: «son dos faroleros» [31 de mayo de 1958. ¿Quién complace a Borges? Rubén Darío («nadie habrá tenido mejor oído» (15 de noviembre de 1957))].

Todos estos aciertos y desaciertos, resquemores, peculiaridades de juicio, iluminaciones y dislates, llegan a conformar algo más que un catálogo de preferencias. «De estas manías [...] resulta la persona», anota Bioy (15 de junio de 1963); y no cabe duda de que de ellas resulta el escritor. Tanto Borges como Bioy, que, en general, secunda las opiniones del primero, identifican con ellas las afinidades electivas de la literatura de cada uno. «Afinidades electivas» es una frase que Goethe tomó prestada de la química para hablar de relaciones humanas; y, como escribió en la novela homónima, «las afinidades sólo son de veras interesantes cuando producen separaciones». No es casual que Borges repudie, por ejemplo, a Goethe. «El *Fausto* es malísimo», dictamina (29 de mayo de 1962). Pero cuando sugiere que la «jugada» de Goethe fue dejar «muchos libros, para que no puedan juzgarlo [...] por ninguno» (ídem), está proponiendo la intensidad como criterio, y dejando entrever más de lo que era su intención. Porque Borges, que entonces escribía cada vez menos, probablemente tuviera la esperanza de que se le juzgara por unas pocas obras señaladas (*Ficciones*, *El Aleph*).

Tomemos, a la inversa, esta opinión de Bioy: «En los mejores momentos, Verlaine escribe [...] con palabras llanas, y la poesía no resulta [...] de una alteración del orden normal de las palabras, de una palabra un poco insólita o indebidamente empleada [...]. Es poesía de buena ley, no de utilería perceptible» (2 de junio de 1963). ¿A quién se aplica esa ley sino al que la proclama? Precisamente, el Bioy que escribe estas líneas es el escritor maduro, ameno y coloquial de sus mejores libros, el de *El sueño de los héroes* (1954) o *Dormir al sol* (1973); la urbanidad general del diario es, por supuesto, otra muestra de su toma de partido. Borges dijo alguna vez que Bioy estaba libre de supersticiones literarias, pero *Borges* expone una verdad más prosaica aunque no menos interesante. En realidad, muchas de aquellas supersticiones eran compartidas.

Una de ellas era la sobriedad, la escritura «llana». Ambos contaron en diversas oportunidades que la influencia mutua los había llevado al clasicismo. Borges se alejó así del barroco de *Historia universal de la infamia* o *Discusión* y Bioy de los desórdenes anteriores a *La invención de Morel*. Uno y otro llegaron a avergonzarse de sus obras tempranas, al punto de no permitir que algunas se reeditaran y, en el caso de Borges, de corregir otras para la edición de las *Obras completas*. Cuando conversan, de alguna forma están saldando cuentas con los excesos del pasado. Y si los firmes dogmas literarios, los rechazos y afiliaciones conforman un costado de la madurez, el otro es la soltura con que, seguros del terreno, se dedican al oficio. Hay mucha diversión reflejada en estos diarios, desde la de escribir juntos relatos bajo el pseudónimo de Bustos Domecq (Bioy siempre sofrenaba las bromas de Borges), pasando por las lecturas compartidas y comentadas, hasta las colaboraciones en traducciones y antologías. Ambos encarnaron la idea del juego literario, como vemos cuando trabajan en la antología *Cuentos breves y extraordinarios* (1955). En un momento Borges recuerda una historia oriental: «Mañana compro el libro donde lo leí». Bioy: «No: contemos nosotros el episodio y se lo atribuimos a un autor cualquiera» (28 de abril de 1953). Así lo hacen.

Pero no todo es concordia. Un tema en el que difieren hondamente es el del amor en literatura. Bioy escribió en sus memorias que «Borges se pasó la vida enamorado, pero enamorado de verdad, y sufrió muchísimas veces. Sin embargo, tenía un prejuicio en contra del amor en la literatura [...] A veces exageraba y tenía una postura casi puritana contra el amor» 2 Adolfo Bioy Casares, *Memorias*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 114.. El diario ofrece una visión más descarnada. «Para Borges el sexo es sucio. Por mucho tiempo me dejé engañar, porque entendía que lo excluía, en literatura, por ser un expediente fácil, socorrido y un poco necio. No; esa burla oculta, esa vergüenza de que lo tomen por mojigato, [es] un violento rechazo» (29 de diciembre de 1972). El rechazo es más que un prejuicio literario; subyace a varias actitudes de Borges.

Vida y literatura siempre acaban cruzándose. Bioy fue un testigo muy despierto de lo que tanto incomoda a los biógrafos de Borges: sus relaciones amorosas y, en particular, su enigmática sexualidad. Por ejemplo, ni el biógrafo argentino Horacio Salas ni el inglés Edwin Williamson –el más reciente y esmerado de todos– parecen haber tenido acceso a la relación de Borges con la escritora María-Esther Vázquez, a la cual ni siquiera aluden en sus libros. Bioy, en cambio, presencié las zozobras de su amigo en tiempo real y anotó sus impresiones sin melindres retóricos. Extrañamente, el pudor de Borges suele contagiarse a sus comentaristas. Pero Bioy llama a las cosas por su nombre: «Tengo aquí una intuición: la relación con esta mujer debe ser un noviazgo blanco. Con noviazgos blancos quiere retener a las mujeres [...]. Sin comprender la realidad, habla de su trágico destino repetido y de que por una fatalidad siempre aparece un hombre y se las quita. (Una mujer que le dura un año o dos con amor blanco dura mucho; Borges no puede quejarse; debería jactarse)» (19 de octubre de 1963). Tristemente, el diario consigna varias repeticiones del caso.

La vida irrumpe de otras maneras, a veces haciéndose pasar por literatura. El diario registra paso a paso la ascensión de Borges a la fama internacional. El 2 de mayo de 1962, mientras Borges está cenando en casa de Bioy, lo llama por teléfono «una señorita» de Radio El Mundo para avisarle que acaba de recibir el premio Formentor (el premio internacional de editores, *ex aequo* con Samuel Beckett). Según Bioy, «sospecha que se trata de una broma. Borges: “¿Qué es ese premio?”. La señorita: “¿Qué hará con el dinero, señor Borges?” Borges: “¿Qué es ese premio?”. La señorita: “¿Qué hará con el dinero, señor Borges? ¿Viajará?”.». A Borges empezaba a perseguirlo la celebridad. Dos años después, con motivo del Gran Premio del Fondo Nacional de las Artes, Bioy anota: «Es la apoteosis de Borges, comenzó el movimiento universal de reconocimiento y ya nada lo detiene» (9 de diciembre de 1963). Al año siguiente, el movimiento aumenta incluso en París, donde la editorial L’Herne le dedica un volumen de homenaje. Bioy contribuye con las reminiscencias «Libros y amistad». Sin embargo, la amistad comienza por entonces a espaciarse. La prueba más concluyente para el lector es la abreviación de las entradas en el diario. Los años 1947-1967 ocupan unas mil doscientas páginas. Los que van de ahí hasta la muerte de Borges en 1986, sólo cuatrocientas.

Una de las particularidades de la carrera de Borges es que su «apoteosis» como persona pública, hombre de letras, erudito ciego, conferenciante internacional, etc., coincide con su declive como escritor. Los premios que le llegan a finales de los años sesenta y durante los setenta y ochenta son en gran medida retroactivos, por obras de décadas anteriores. En *El hacedor* (1960), quizá su último libro importante, Borges propone la famosa parábola de que al «otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas». Bioy asiste algo desconcertado a este desdoblamiento y empieza a disentir más a menudo. En 1966 le aconseja a Borges que se

esfuerce por no repetirse: con el tiempo, lo previene, son las manías las «que escriben a través de uno» (2 de octubre de 1966). Borges, fiel a sí mismo, hace oídos sordos. Es como si hubiera quedado atrapado en su propio cliché. De esa trampa lo ayuda a salir, improbablemente, un traductor norteamericano, Norman Di Giovanni, quien además se convierte en su secretario. Con él redacta Borges su «Autobiographical Essay» y cotraduce cuentos al inglés. Di Giovanni, cuya ambición era innegable, no es muy popular entre los exégetas de Borges, sobre todo en Argentina; pero Bioy le tiene simpatía y reconoce que a él le debe Borges «el estar escribiendo cuentos» (13 de noviembre de 1974). El traductor desempeñó, por último, un papel decisivo en la entrada de Borges en el mercado anglosajón. Y entonces la apoteosis fue completa.

Borges viajó por Estados Unidos dando conferencias, recibió doctorados *honoris causa* de varias universidades europeas, conoció Japón e Islandia y visitó varias veces, junto a María Kodama, la ciudad de su juventud: Ginebra. Aunque parezca paradójico, es la etapa más triste de la amistad con Bioy. No sólo porque las ausencias impiden la conversación. Antes fructífero, el diálogo se vuelve casi un monólogo; Borges está viejo y no escucha, se repite, olvida las cosas. Incluso se disipa la ironía que lo había llevado a decir: «Vos y yo nos estamos pareciendo a Bouvard y Pécuchet» (10 de diciembre de 1962). En una oportunidad, después de despedirlo camino de España, Bioy anota: «Este viaje, como el mío el sábado próximo, coincide con supuestos y recelados términos de una época de la vida [...]. Para los dos, de una vida libre y feliz; acaso para los dos, por los azares de lo que puede pasar, de esta amistad de conversar y colaborar diariamente» (22 de abril de 1973). No es el final; aún serían amigos durante más de diez años y hasta escribirían juntos de nuevo. Pero la mecánica ha cambiado. Los últimos años del diario quizá sean los menos destacables, pero Bioy sigue cautivando al lector con sus observaciones. En este libro lleno de humor e inteligencia, hay también espacio para una nostalgia franca y sin sentimentalismo.

Una mención aparte merece la edición casi panóptica de Daniel Marino. Las incontables citas y alusiones están rastreadas, referidas a los libros que usaron los protagonistas y exactamente traducidas cuando hace falta. Si cabe un reparo es que el editor es demasiado discreto; una introducción más abarcadora hubiera sido útil, en especial para lectores no argentinos. Y la falta de un índice analítico constituye un problema importante. Aun así, el conjunto es admirable. De hecho, ejemplifica lo que se echa en falta en las ediciones de Borges, quien aún hoy espera una edición crítica en español y en otros idiomas; la única que se hizo, la francesa de Jean-Pierre Bernès para la colección de La Pléiade, está agotada desde hace años y su reimpresión ha sido neciamente obstruida por María Kodama en un juicio contra Gallimard. Pero cuanto más se retira Borges hacia la historia –y parte de su mundo es hoy irreconocible–, más necesarios se hacen las notas críticas y los testimonios. «Lo que

podría hacer -ha escrito Bioy- es sólo contar cómo lo vi yo, cómo fue conmigo. Corregir algunos errores que se cometieron, defender a Borges y, sobre todo, defender la verdad»Ibídem, p. 115.. Su diario, uno de los grandes diarios de la lengua española, es ya «parte integral de la imagen» que uno puede hacerse. El resto, como escribió Henry James, es la locura del arte.

Autor: Adolfo Bioy Casares

Edición: Destino, Barcelona

Páginas: 1.664 pp.

Precio: 60 €

Título: Borges